

motivo á Aumont, amigo de Danton, que hizo anular el decreto, porque Danton solo hacia fundir los hombres. Un cómico ambulante que fue despues guardalacien, solicitó la plaza de conservador de los manuscritos: habiéndole preguntado si sabia leerlos, contestó: ciertamente, pues he hecho algunos. Vendiéronse al peso manuscritos preciosos á los especieros, y otros, enviados á Metz sirvieron para hacer cartuchos. Cargáronse los cañones con nuestra gloria antigua: los disparos la esparcieron, y de ella surgió nuestra nueva gloria.

La república aristocrática del Directorio, procedió de muy distinto modo que la democrática de la Convencion, mandando corregir en Racine, Bossuet y Massillon, todo cuanto dejaba traslucir religion y realismo. Algunos hombres de mérito se consagraron á estas elucubraciones filosóficas y la correccion de Racine se concluyó no sé por quién.

Es muy posible que no tengamos hoy el furor estúpido de un sabio de la Convencion, ni la cándida animosidad de un ciudadano del Directorio; pero ¿tenemos acaso mas afición á lo pasado? ¿Llegaríamos al extremo de tomarnos el trabajo de corregir al pobre Racine, que habria podido hacer algo bueno, si Boileau no le hubiera extraviado su gusto literario, y si hubiese nacido en nuestra época? Tenia en verdad felices dotes intelectuales.

Y sin embargo, ya que únicamente nos convencen los hechos, deberíamos reconocer que lo pasado es un hecho, un hecho indestructible, mientras que lo futuro, que tanto apreciamos, no existe. Hay para un pueblo millones de millones posibles de porvenir, de todos ellos tan solo uno se realizará, y quizás el menos previsto. Si nada es el pasado, ¿qué es el porvenir sino una sombra en las márgenes del Leteo, que quizás no aparecerá nunca en este mundo? Vivimos entre la nada y una quimera.

De la edicion empezada de los Catálogos de los Manuscritos y de la impresion de estos documentos, epístolas y escritos, solo se salvaron algunos ejemplares, como acabamos de leer en la Noticia de M. Champollion; el resto pereció por completo. A los volúmenes impresos y publicados por Brequigny y de La Porte du Theil, *Diplomata, Chartæ, Epistolæ et alia documenta ad res francicas spectantia*, proceden unos prolegómenos en que se refiere la historia de la empresa acometida, hallándose en ellos cuanto se necesita saber sobre los documentos contenidos en los referidos tomos.

Las pruebas materiales de la falsedad de un acta son bastante fáciles de distinguir cuando se ha estudiado la caligrafía, y los benedictinos dieron excelentes reglas para ello. Pero existen tambien evidencias internas que deben decidir igualmente á los analistas jóvenes: por ejemplo, solo nos quedan seis diplomas reales de Khlovigh, y de ellos solo uno es integramente auténtico. Compárese el estilo y la manera con que están escritas tales piezas: léese debajo del acta de fundacion del monasterio de San Pedro de Sens: *Ego Chlodeveus, in Dei nomine, rex Francorum, manu propria signavi et subscripti*. ¡Como si Khlovigh hablase en latin, escribiese en latin, firmase en latin, y desfigurase su nombre con la ortografía latina! Despues de esta firma supuesta vienen las increíbles tambien de Clotilde, de los cuatro hijos del rey, de su hija, del arzobispo de Reims, etc.

El diploma auténtico es una carta dictada y dirigida á Euspicio y á Máximo: Khlovigh les hace donacion del sitio llamado Micy, y de cuanto pertenece al dominio real entre el Loire y el Loiret. La carta empieza así: *Chlodoveus Francorum rex vir illuster*, y concluye con las siguientes palabras: *ita fiat ut ego Chlodoveus volui*. Al pié se lee tan solo: *Eusebius Episcopus confirmavi*. Ved aquí al franco en toda la sencillez sálica: *fiat, ego volui*.

Glosario de Santa Pelaye y de Brequigny, continuado por Mouchet, se compone de cincuenta y seis volúmenes en folio, de los cuales únicamente dos se han impreso; solo se han salvado tres ejemplares de la edicion, lo demás está manuscrito. Cada tomo contiene cuatrocientos ó quinientas columnas, y de cuatrocientos á ochocientos articulos, siendo un repertorio compuesto á semejanza del plan seguido en el *Glosario latino* de Ducanges y en el *Glosario del Derecho francés* de De Launiers; traduce muchas veces los articulos del primero, añadiéndolos. La edad media entera se halla por órden alfabético en esta coleccion inmensa. Aquellos reyes de Francia que nos mantenian en una ignorancia crasa para oprimirnos mejor; aquellos reyes que hubieran debido nacer todos á la vez en nuestros dias, para aprender á menospreciarse á sí mismos y á sus siglos, tenian no obstante la manía de favorecer las letras: habiales ocurrido sin saber por qué y prematuramente la idea de formar esas grandes colecciones de diplomas. Montagu, secretario y tesoroero de los manuscritos en el reinado de Carlos V, habia comenzado ó por mejor decir continuado el catálogo general de los documentos históricos, y nos dice que sus predecesores se habian visto obligados á abandonar sus investigaciones por falta de dinero para seguir las. Enrique II mandó abrir el tesoro de los manuscritos á Juan Du Tillet, escribano del parlamento, el hombre mas versado en nuestras antigüedades que hasta el dia se ha visto, y que habia concebido en casi todas sus partes el vasto plan llevado á cabo en los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI con el apoyo del gobierno, el estímulo del clero, y los desvelos de los grandes cuerpos letrados de Francia.

Habiendo compulsado con sumo trabajo y gastos, dice Du Tillet al rey, ininidad de registros de vuestro parlamento, é investigado las librerías y titulos de muchas iglesias, me pongo á escribir en forma de historia, y por órden de los reinados, las disensiones de esta tercera línea reinante, con sus vecinos; los dominios de la corona por provincias; las leyes y ordenanzas desde la Sállica, por volúmenes y reinados; y en coleccion separada lo que pertenece á las personas y casas reales; la forma antigua del gobierno de los tres estados, y el órden de justicia del mismo reino, con las variaciones que en él han sobrevenido.

Du-Tillet pone á continuacion de sus colecciones los inventarios de los documentos como pruebas é ilustraciones; un solo ejemplo manifestará su exactitud: «Promesa de Eleonora, reina de Inglaterra, de prestar homenaje al rey Felipe, de los ducados de Guyena y condado de Poitou en julio de 1134. En el tesoro, caja inglesa C, y bolsa no numerada.»

Los inventarios de Du-Tillet son el modelo de los catálogos modernos de documentos.

Despues de Du-Tillet, Pedro Pithou, y Marquardo Treher formaron el plan de una coleccion de los historiadores de Francia; plan que empezó á ejecutar Andrés Duchesne, llamado con justicia el padre de nuestra historia: su hijo Francisco continuó la obra que debia constar de catorce volúmenes, y de los cuales se han impreso ya cinco. Colbert confió á una asamblea de sabios el cuidado de proseguir tan ventajosa empresa, cuyos sabios eran nada menos que Leconte, Ducange, Wion d'Herouval, Adriano de Valois, Juan Gallois, y Baluce. Ducange propuso una distribucion diferente á la de Duchesne con la insercion de las piezas nuevamente descubiertas.

El arzobispo de Reims, Carlos Mauricio Le Tellier, volvió á emprender el proyecto bajo el patrocinio de su hermano Louvois, y quiso encargar á don Mabillon la direccion de los trabajos. El canciller d'Aquesseau formó en 1717 dos sociedades de literatura para que se ocupasen en la coleccion de Duchesne. Hay un plan de Ducange, notas del abate

Gallois, una memoria del abate de las Tullerías, y observaciones del abate Grand, todo lo cual contribuyó poderosamente á la confeccion de *Rerum gallicarum et francicarum scriptores*, de don Bouquet. Lancelot, Lebeus, Secousse, Toncemagne y Saint-Pelaye conferenciaban sobre investigaciones en casa de Mr. d'Argenson, del canceller de Lamoignon, ó de Mr. de Malesherbes, su hijo: serie de nombres, contando desde Andrés Duchesne, que podemos oponer á los mas ilustres de Europa.

Deseamos llegue un tiempo, y que no esté lejos, en que vuelvan á emprenderse estos trabajos paralizados por la revolucion, y que se acaben de formar catálogos los manuscritos de la Biblioteca, (no sé si debo decir real ó nacional), que yacen miserablemente desconocidos. Así podrian encontrarse, no solo documentos de las antigüedades de los francos, sino tambien de la antigüedad griega y latina. Autores cuyas obras no tenemos, ó que poseemos mutiladas, existian todavia en el décimo, undécimo y duodécimo siglos: sin duda han escapado á los Condorect de la edad media, un ejemplar de Tácito, de Tito Livio, de Menandro ó de Sófocles. Deseamos que se mejore la suerte de los hombres dignos que vigilan los depósitos de la ciencia, y que sucumben bajo el peso de un trabajo que se acrecienta diariamente, pues se multiplican los libros y los lectores. Debemos desear que se aumente el número de los discípulos de la escuela de manuscritos. Cuando los Dacier y los Vampract; cuando los demás sabios venerables que nos quedan, hayan pasado de esos sepulcros de los tiempos, llamados bibliotecas, á su propio sepulcro; y ¿quién descifrará nuestros anales? ¿Sufrirá acaso la patria de los Mabillon el oprobio de ir á buscar á Alemania intérpretes de nuestros diplomas? ¿Será preciso que un Champollion germánico venga á leer en nuestros monumentos la lengua de nuestros padres, muerta ya para nosotros? Deseamos finalmente que no se incurra en la obstinacion de ensenchar el edificio de la Biblioteca en el terreno en que al presente se halla, y que se adopte el hermoso plano de un hábil arquitecto para reunir el templo de la ciencia al palacio del Louvre: estos son los últimos votos de un francés.

ESCRITORES DE LA HISTORIA GENERAL Y DE LA HISTORIA CRÍTICA DE FRANCIA, ANTERIORES Á LA REVOLUCION.

Son harto severos los juicios que al presente se formen por lo que respecta á los escritores que han trabajado nuestros anales antes de la revolucion. Supongamos que nuestra historia general estuviese por componer; que fuera preciso sacarla de los manuscritos, ó bien de los documentos impresos; que hubiésemos de desenvolver la cronología, disentir los hechos y establecer los reinados; sostengo que no obstante nuestra ciencia innata y nuestra sabiduría adquirida, no podríamos escribir tres tomos. ¿Cuántos de entre nosotros podrian descifrar una línea de los documentos originales, cuántos podrian leerlos ni aun con el auxilio de los *alfabetos del método*, y de los *fac-simile* insertos en la *Re diplomática* de Mavillon y en otras partes? Nos aqueja demasiada impaciencia por ostentar nuestros pensamientos, y desdeñamos demasiado á los que nos han precedido para humillarnos á hacer el modesto papel de anticuarios de libros y cartularios. Si leyésemos, tendríamos menos tiempo para escribir; y ¿cómo fraudaríamos de nuestras producciones á la posteridad! Por grande que sea nuestro justo orgullo, ¿me atreveré á suplicar á nuestra superioridad que no rompa harto pronto las muletas con que se arrastra, con las alas plegadas? Cuando con datos muy correctos y he-

chos muy exactos, impresos en buen francés y en caracteres muy legibles componemos á nuestro placer nuevas historias, rindamos algun tributo á aquellos espíritus oscuros con cuyos trabajos nos basta ensartar los harapos de nuestro ingenio para sorprender al universo admirador.

Du-Haillan, Belleforest, de Serres y Duplex han sido los primeros que trabajaron en la historia general de Francia. Du-Haillan sabe mucho y cosas muy curiosas; tiene fuego, y divierte su independencia noviliaria. En su dedicatoria á Enrique IV dice: «No he querido ser lisonjero ni cortesano, sino historiador verídico: he querido pintar las facciones mas deformes á la par de las mas hermosas, y hablar osada y libremente de todo.... He impugnado muchos puntos que apoya la comun opinion de los hombres como la venida de Taramundo á las Galias, la institucion de la ley Sállica, etc.»

Belleforest es difuso, pero su compilacion de las antiguas crónicas pone en camino de descubrir muchas cosas extrañas: Du-Haillan le critica en uno de sus prefacios: «No pertenezco al número de esos escritores atrevidos é ignorantes que abortan libros todos los dias, y que hacen con ellos *espesos bosques*.» Alusion al apellido de Belleforest.

Juan de Serres era protestante: no hay fidelidad en sus citas ni verdad en su cronología y su estilo está recargado de figuras y metáforas. De Serres era sin embargo un sabio; Pasquier y d'Aubigné le han censurado con harta dureza.

Dupleix procede con método; es el primer historiador francés, con Vignier, que anotó en el margen las autoridades: antes de la obra maestra de Adriano de Valois, ninguno habia excedido á Dupleix en la historia de las dos primeras razas, sino Fauchet.

No hablaré de Auligné, aunque bien lo merece, porque se encerró como De Thou en un periodo particular: la misma razon me hace omitir á Juan La Caureur: ninguno ha remontado tanto el estilo histórico como este último escritor.

Despues de estos cuatro primeros autores de nuestra historia general, encontramos á Mereray, Varillas, Cordemoy, Legendre, Dame, Velly, Villaret y Garnier.

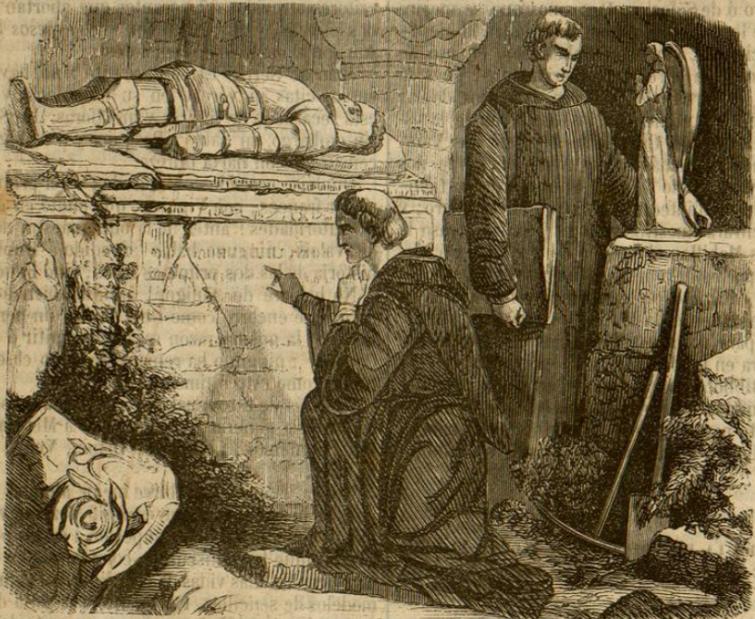
Nunca podrian escribirse mejor algunas partes de nuestra historia de lo que escribió Mezeray varios reinados. Su compendio es superior á su grande Historia, aunque haya discursos compuestos en el género de Corneille. Las vidas de las reinas son algunas veces modelos de sencillez. En cuanto á la falta de lectura de que se acusa á Mezeray, la mayor parte de sus errores han sido corregidos por el abate Labaureur, Lamoignon, Dairois y el padre Griffet. Mezeray fue mordaz; nada iguala la libertad de sus juicios: lastima es que su ejecutor testamentario arrojase á las llamas su *Historia de la Gabela*. Amelot de la Houssaye dice que Mezeray ha dejado en sus escritos *una imagen bastante viva de la antigua libertad*. Menaje echa en rostro á este autor que *carece de fines*; Mezeray, ha dicho: *Al fin de la segunda raza el reino estaba sujeto á las leyes de los feudos gobernándose mas bien como un gran feudo que como una monarquía*. Quanto se ha dicho despues sobre los tiempos feudales, no es sino lo contrario de este destello del ingenio.

Luis de Cordemoy publicó, terminándola, la *Historia de Francia* que habia escrito Gerardo de Cordemoy, su padre: Cordemoy era, como Bousset gran cartesiano, y su exacto trabajo es el primero en que empieza á resplandecer el método filosófico.

El alate Le Gendre introdujo en la historia general la pintura de las costumbres y de los trajes: innovacion feliz que abre una nueva senda á la historia. Le Gendre, adulador de Luis el Grande en sus *Ensayos* sobre el reinado de este monarca, juzga con franqueza todo lo demás. Mucho se ha declamado contra Va-

rillas, calificándola de novelesco; y sin embargo no es tan inexacto como se ha querido suponer. Versado en la lectura de los originales, había perdido en ella la vista; pero se hallaba poseído de la manía mas particular que pueda imaginarse, pues traslada los actos de un personaje á otro cuando este personaje tiene en siglos distintos nombres homónimos ó semejantes: fácil me sería citar ejemplos curiosos de esto.

Después de la obra del padre Daniel no es necesario ya escribir la historia militar de Francia. En fin, sin hablar del *Compendio cronológico*, hartó elogiado por cierto del presidente Henault, y de los *Ensayos históricos*, hartó censurados de Voltaire, el largo trabajo de Velly, de Villaret y Garnier es de sumo valor. No eran sin duda unos ingenios los tres últimos escritores, mas, ¿en dónde se halla el ingenio? solo en nuestro siglo en que corre las calles al salir de las mantillas, como un polluelo que rompe su cascarrón. A falta de este primer don del cielo, que nos estaba



LOS MONGES BENEDICTINOS.

punto de vista, no creamos que esto proviene de la sola fuerza de nuestra inteligencia: hemos llegado después de la caída de la monarquía; medimos en tierra al coloso roto, y le encontramos proporciones distintas de las que parecía tener cuando estaba en pie. Colocados en otro punto de la perspectiva, tomamos por un progreso del espíritu humano el simple resultado de los acontecimientos, el desorden ó la desaparición de los objetos. El viajero que huella con sus plantas las ruinas de Tebas, ¿es acaso el egipcio que se detenía debajo de una de las cien puertas de la ciudad de Faraon?

Lo que principalmente nos ofende en el día al leer nuestra historia pasada, es el no reconocernos en ella: La Francia, de real y aristocrática que era, se ha convertido en republicana y plebeya. Con el espíritu de igualdad que nos domina, nos irrita la presencia exclusiva de algunos nobles en nuestros fastos, y nos preguntamos si no valemos mas que tales gentes, ó

exclusivamente reservado, hállase en los historiadores que acabo de nombrar, una lectura concienzuda, páginas escritas con estilo castizo, y juicios exactos. Es verdad que estos historiadores equivocan la fisonomía de los siglos, pero no siempre.

En cuanto á las dos primeras razas, preciso es confesar que Velly es algunas veces ridículo; pero pintaba según el gusto de su tiempo. Khlovigh, en nuestros anales ante-revolucionarios, se semeja á Luis XIV, y Luis XVI á Hugo Capeto. Hallábase entonces ofuscada la mente con el tipo de una monarquía grave, siempre igual, marchando impasible con tres órdenes y un parlamento con sus largas ropas; de aquí nace la monotonía de las narraciones y la uniformidad de las costumbres que hace insípida la lectura de nuestra Historia General: los historiadores eran entonces hombres de gabinete que nunca habían visto ni manejado los negocios.

Pero si nosotros percibimos los hechos bajo otro

si nuestros padres se ocuparon debidamente de los destinos de nuestra patria. Una reflexion debía tranquilizarnos. ¿Quién de nosotros sobrevivirá á su tiempo? ¿Sabemos cómo se llamaban los miles de soldados que ganaron las grandes batallas del ejército popular? Cayeron á la vista de sus compañeros, muertos un momento después á su lado; y generales que quizás no tuvieron parte alguna en el triunfo, han venido á ser los herederos ilegítimos de aquellos hijos oscuros del honor y de la gloria. Una nacion solo tiene un nombre; sus hijos plebeyos ó patricios, no son conocidos sino por un escaso número de los mismos, ora los persiga ó favorezca la fortuna.

Por lo que toca á las libertades, preséntase una observacion análoga: los historiadores del décimo séptimo siglo no podían comprenderlas como nosotros; no carecian de imparcialidad, independencia, ni valor; pero si de las nociones generales de las cosas que el tiempo y la revolucion han desarrollado. La histo-

ria hace progresos que no adquieren otros ramos de la inteligencia literaria. La lengua cuando ha llegado á su madurez, permanece en tal estado ó se corrompe: pueden componerse los versos de distinto modo que Racine, pero nunca mejor: la poesía tiene sus lindes en los límites del idioma en que se escribe ó canta; mas la historia, sin corromperse, muda de carácter con los siglos porque se compone de hechos adquiridos y de las verdades encontradas; porque reforma

sus juicios con su experiencia; porque siendo el reflejo de las costumbres y de las opiniones del hombre, es susceptible de la perfeccion misma de la especie humana. En lo físico, la sociedad con los descubrimientos modernos, no es ya la sociedad sin esos descubrimientos; en lo moral, la sociedad con las ideas desarrolladas en mayor esfera cual lo están en nuestros días, no es ya la sociedad sin tales ideas: el Nilo en su nacimiento, no es el Nilo desembocando en el



CARLO-MAGNO MANDA RECOGER LOS ANTIGUOS BARDITOS.

mar. En una palabra, los historiadores del siglo XIX no han creado nada: únicamente tienen ante su vista un mundo nuevo que les sirve de escala rectificadora para medir el mundo antiguo.

Hecha así completa justicia á los hombres de mérito que han tratado de nuestra Historia General antes de la revolucion, diré con la misma imparcialidad que no debemos tomarlos por guías. No podemos dispensarnos de recurrir á los originales, porque estos escritos

res los leían de otro modo que nosotros, y con otro espíritu: no buscaban en ellos las cosas, que nosotros buscamos, ni las veían siquiera, y deseaban precisamente lo que nosotros recogemos. No elegían por ejemplo en las obras de los padres de la Iglesia sino lo que pertenece al dogma y á la doctrina del Cristianismo: las costumbres, los usos, las ideas no les parecían de importancia alguna: una historia nueva y entera yace oculta en los escritos de los

Padres; y los presentes *Estudios* indicarán el camino de ella. Nada sabemos de la civilización griega y romana del quinto, sexto y séptimo siglos, ni de la barbarie de los destructores del mundo romano, sino por los escritores eclesiásticos de aquella época.

En cuanto á nuestros propios monumentos, faltanos hacer descubrimientos de la misma naturaleza. Antes de la revolución solo se indagaba en los manuscritos lo que tenía relación con los sacerdotes, los nobles y los reyes: nosotros no nos cuidaremos sino de lo que concierne á los pueblos y á las transformaciones sociales, pues esto ha quedado sepultado en los manuscritos. Los escritores ante-revolucionarios de la historia crítica de Francia, son tan numerosos que es imposible indicarlos todos: solo algunos deben considerarse como gefes de escuela.

La *Historia del establecimiento de la monarquía francesa en las Galias* es una obra sólida, frecuentemente atacada y nunca destruída ni aun por Montesquieu, que por otra parte tenía escasos conocimientos en las casas de los francos. Se plagia al abate Dubris sin confesar el plagio, aunque sería mas leal declararlo.

Lo mismo sucede con el abate Gourey: su *Disertación sobre el estado de las personas en Francia bajo la primera y la segunda raza*, disertación coronada por la Academia de las Inscripciones, ofrece un método, una claridad y una sabiduría no comunes. Cuanto se escribe ahora sobre el mismo objeto, se copia en parte del excelente trabajo de Gourey: razón hay para no rehacer una obra tan bien escrita; mas debía advertirse para que las alabanzas se tributasen al que las merece. Existen hombres destinados á servir de guía á los otros: Pagé será la lumbrera eterna de los fastos consulares: Tillemont es el maestro mas seguro de los hechos y datos de la historia de los emperadores; Gibbon se apoya en él y se extravía, y cae cuando finaliza la obra de Tillemont. Saint-Mare ha desenmarañado, el caos de los negocios italianos desde el siglo v hasta el xii. No hacemos mérito de su *Compendio cronológico* cuando nos ocupamos de este período de la historia; justo sería sin embargo hacerlo tanto mas cuanto mas yerros se cometen sino se sigue á Saint-Mare, que á su vez siguió á Sigonius y Muratori.

Las *Observaciones* del abate de Mabley están escritas en un tono de arrogancia y fatuidad, que las confundiría con las obras de algunos talentos de nuestra época, si la aridez no reemplazase en ellas la hinchazón. A pesar de tanta soberbia, no se encuentran en Mabley sino ideas incompletas, una pretension extremada á la devoción del espíritu, y el deseo de expresar grandes pensamientos en breves palabras; y en efecto escasean las voces; pero aun mas las ideas. Leed en este afectado autor algunos pasajes sobre la trasmisión de las propiedades, pues merecen ser leídos.

Boulaimulliers ha conocido exactamente la naturaleza aristocrática de la antigua constitución francesa, pero incurre en muchos absurdos al tratar de la nobleza; por otra parte es demasiado conciso para que su instrucción indemnice del vicio de su sistema.

Resulta de estos pormenores que han de distinguirse dos escuelas históricas anteriores á la revolución: la escuela del siglo xvii y la del siglo xviii: la una erudita y religiosa, crítica y filosófica la otra: en la primera los benedictinos reunían los hechos, y Bossuet los anunciaba á la tierra; en la segunda, los enciclopedistas criticaban los hechos, y Voltaire los entregaba á las disputas del mundo. La Inglaterra fundaba entre nosotros su escuela exacta mas desembarazada que la nuestra de las preocupaciones anti-religiosas. Nuestra escuela moderna del siglo xix puede llamarse escuela política; también es filosófica pero de distinto modo que la del siglo xviii: hablemos ya de ella.

ESCUELA HISTÓRICA MODERNA DE FRANCIA

La escuela moderna se divide en dos sistemas principales: en el primero, la historia debe ser escrita sin reflexiones, debe consistir en la simple narración de los acontecimientos, y en la pintura de las costumbres; debe presentar un cuadro sencillo, variado y lleno de episodios, dejando á cada lector, según la naturaleza de su espíritu, en libertad de deducir las consecuencias de los principios, y de separar las verdades generales de las particulares. Esta es la que se llama historia *descriptiva*, en oposición á la historia *filosófica* del último siglo.

En el segundo sistema deben narrarse los hechos generales, suprimiendo una parte de los pormenores; sustituir la historia de la especie á la del individuo; permanecer impassible ante el vicio y la virtud, así como ante las catástrofes mas trágicas. Tal es la historia *fatalista*, ó el *fatalismo* aplicado á la historia.

Voy á exponer mis dudas acerca de estos dos sistemas.

La historia descriptiva, llevada hasta sus últimos límites, ¿no participa demasiado de la naturaleza de las Memorias? Los pensamientos filosóficos, empleados sóbriamente, ¿no son, acaso necesarios para comunicar á la historia su gravedad, para hacerle pronunciar los decretos que pertenecen á su postrero y supremo tribunal? En el grado de civilización á que hemos llegado, ¿la historia de la especie puede desaparecer por completo de la historia del individuo? Las verdades eternas, base de la sociedad humana, ¿han de perderse en cuadros que no representen sino las costumbres privadas?

Hay en el hombre dos hombres; el de su siglo y el de todos los siglos; el gran pintor debe dedicarse principalmente á sacar la semejanza del postrero, quizás al presente se da demasiado valor á la semejanza, y por decirlo así, á la copia de la fisonomía de cada época. Puede ser que en la historia, como en las artes, representemos mejor que en otro tiempo las costumbres, las *interioridades* y todo el material de la sociedad; pero una figura de Rafael, con su fondo descuidado y sus flagrantes anacronismos, ¿no borra acaso esas perfecciones de segundo orden? Cuando se representaban los personajes de Racine con peluca á la moda de Luis XIV, no por eso se sentían los espectadores menos admirados ó conmovidos. ¿Por qué? Porque veían al hombre en vez de ver á los hombres.

Jamais Iphigénie, en Aulide inmolée
N'a couté tant de pleurs á la Grèce assemblée
Que dans l'heureux spectacle á nos yeux étalé
N'en a fait sous son verser la Champmeslé.

Mr. de Barante se ha hecho superior á estas dificultades con la supremacía de su talento, y porque no ha ocultado del todo la especie; pero temo que haya extraviado á los imitadores.

Veid aquí lo que me parece verdadero en el sistema de la historia descriptiva. La historia no es una obra de filosofía sino un cuadro: debe unirse á la narración la representación del objeto, es decir, que á la vez se ha de pintar y dibujar; deben ponerse en boca de los personajes el lenguaje y sentimientos de su tiempo, y no mirarlos al través de nuestras propias opiniones, causa principal de la alteración de los hechos. Si tomando por regla nuestras creencias sobre la libertad, la igualdad, la religión y sobre todos los principios políticos, hacemos aplicación de esta regla al antiguo orden de cosas; adulteramos la verdad, y exigimos de los hombres que vivían bajo un régimen distinto, opiniones de que no tenían la misma idea. Nada era tan malo como nosotros pensamos; el sacerdote, el noble, el vecino de una ciudad, el vasallo,

tenían de lo justo y de lo injusto nociones muy distintas de las nuestras: era aquel otro mundo, un mundo sin duda que se acercaba menos que el presente á los principios generales de la naturaleza, pero que no carecía de grandeza ni de fuerza; así lo atestiguan sus actos y su duración. No nos apresuremos á juzgar con tanto desden lo pasado: ¿quién sabe si la sociedad de ahora, que nos parece superior (y que lo es en efecto bajo muchos puntos de vista) á la sociedad antigua, parecerá á nuestros nietos en el trascurso de dos ó tres siglos, lo que á nosotros nos parece la de dos ó tres siglos antes? ¿Nos alegraríamos en el sepulcro de que nos juzgasen las generaciones futuras con el mismo rigor con que juzgamos á nuestros abuelos? La bondad y sinceridad de la historia descriptiva consisten en que pinta los tiempos tales como son en sí.

El otro sistema histórico moderno, el sistema fatalista, presenta en mi opinión, inconvenientes mucho mas graves, porque separa la moral de la acción humana: así considerada, tendrá ocasión de combatirla, al hablar de los escritores de talento que lo han adoptado. Diré tan solo aquí que el sistema que olvida al individuo para ocuparse de la especie, cae en el extremo opuesto al sistema de la historia descriptiva. Anular por entero al individuo, no concederle mas que la posición de un guarismo colocado en la serie de un número, es disputarle el valor absoluto que posee independiente de su valor relativo. Así como un siglo influye sobre el hombre, el hombre influye sobre el siglo; y si el hombre es el representante de las ideas del tiempo, también este es el representante de las ideas del hombre.

El segundo sistema de la historia moderna presenta su lado de verdad como el primero. Es cierto que no puede omitirse hoy la historia de la especie; que existen realmente revoluciones inevitables, porque se operan en los ánimos antes de producirse fuera de ellos; que la historia de la humanidad, de la sociedad general, de la civilización universal, no debe disfranzarse con la historia de la individualidad social, por los acontecimientos particulares de un siglo y de un país. La perfección consistiría en enlazar los tres sistemas: la historia filosófica, la particular y la general; en admitir las reflexiones, los cuadros, los grandes resultados de la civilización, arrojando de los tres sistemas lo exclusivo y sofisticado. Por lo demás, aunque es muy útil profesar principios fijos al tomar la pluma, es en mi concepto una cuestión ociosa el preguntar cómo ha de escribirse la historia. Cada historiador la escribe con arreglo á su propio genio: el uno cuenta bien los hechos, el otro los pinta mejor; este es sentencioso, aquel indiferente ó patético, incrédulo ó religioso: todos los modos son buenos con tal que sean verdaderos. Reunir la gravedad de la historia al interés de las Memorias; ser á la vez Tucídides y Plutarco, Tácito y Suetonio, Bossuet y Froissard, y asentar los cimientos de su trabajo sobre los principios generales de la escuela moderna; tal es el verdadero prodigio. Pero ¿á quién ha concedido jamás el cielo tan raro conjunto de talentos, de los que uno solo bastaría para la gloria de muchos hombres? Escriba pues cada cual como le plazca, como sienta: no debemos exigir del historiador sino el conocimiento de los hechos, la imparcialidad de los juicios, y la hermosura del estilo, si le es posible.

ESCUELA HISTÓRICA DE ALEMANIA. — FILOSOFÍA DE LA HISTORIA. — LA HISTORIA EN INGLATERRA Y EN ITALIA.

Cerca de nosotros y mientras fundábamos nuestra escuela política, estableció la Alemania sus nuevas doctrinas, y nos dejaba atrás en las altas regiones de

la inteligencia: introducía la filosofía en la historia no esa filosofía del siglo xviii que consistía en pronunciar fallos morales ó anti-religiosos, sino la que se atiene á la esencia de los seres, que penetrando la cubierta del mundo sensible, indaga si bajo de ella existe alguna cosa mas real, de mas vida, causa de los fenómenos sociales.

Descubrir las leyes que rigen á la especie humana; tomar por base de los trabajos las tres ó cuatro grandes tradiciones difundidas por todos los pueblos de la tierra; reconstruir la sociedad sobre tales tradiciones, del mismo modo que se restaura un monumento con arreglo á lo que queda de sus ruinas; seguir el desarrollo de las ideas y las instituciones en esta sociedad; señalar sus transformaciones; inquirir en la historia si existe en la sociedad algun movimiento natural, que manifestándose en épocas fijas y situaciones dadas, pueda hacer predecir la repetición de tal ó tal trastorno, cual se anuncia la reaparición de los cometas cuyas curvas se han calculado: son verdaderamente intereses inmensos. ¿Qué es el hombre? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? ¿Qué ha venido á hacer aquí bajo? ¿Cuál es su destino? ¿Los archivos del mundo suministraban acaso respuestas á esas preguntas? ¿Se encuentra en cada origen nacional una era religiosa? ¿Se pasa de esta era á otra heroica? ¿Y de esta era heroica á una social? ¿Y de esta edad social á una edad llamada propiamente humana? ¿De esta edad humana á una filosófica? ¿Hay siempre algun Homero que cante en todos los países, en distintas lenguas, en la infancia de todos los pueblos? Alemania se divide en dos partidos al tratar estas cuestiones: el partido filosófico histórico y el partido histórico.

El partido filosófico-histórico, á cuya cabeza se coloca Mr. Hegel, pretende que el alma universal se manifiesta en la humanidad de cuatro modos: el uno sustancial, idéntico, inmóvil, se encuentra en el Oriente: el otro, individual, variado, activo, se le ve en la Grecia; componiase el tercero de los dos primeros en una lucha perpetua, y residía en Parma; y el cuarto, que salía de la lucha del tercero para poner en armonía lo que era distinto; existía en las naciones de origen germánico.

Así el Oriente, Grecia, Roma y la Germania, presentan las cuatro formas y los cuatro principios históricos de la sociedad. Cada masa grande de pueblos colocados en estas categorías geográficas, deriva de estas posiciones distintas la naturaleza de su genio, el carácter de las leyes y el género de sucesos de su vida social. El partido histórico se atiene tan solo á los hechos y rechaza toda fórmula filosófica. Mr. Niebuhr, su ilustre gefe, cuya reciente pérdida llora el mundo ilustrado, ha compuesto la historia romana que precedió á Roma; mas no ha dado una idea por base á su gigantesco monumento. Mr. de Savigny que continúa la historia de derecho romano desde el siglo poético hasta el filosófico á que hemos llegado, no busca el principio abstracto que parece haber dado á este derecho una especie de eternidad.

La escuela filosófico-histórica de nuestros vecinos procede según se ve, por la *synthesis*, y la escuela puramente histórica, por el *analysis*. Estos son los dos métodos naturalmente aplicables á la idea y á la forma. La escuela filosófica sostiene que el espíritu humano crea los hechos: la histórica dice que el hecho pone en movimiento al espíritu humano: esta escuela reconoce además el encadenamiento providencial en el orden de los acontecimientos. Estas dos escuelas toman en Alemania el nombre de sistema racional y de sistema sobrenatural.

De concierto con las dos escuelas históricas marchan dos escuelas teológicas, que se unen á las dos primeras según sus diferentes afinidades. Ambas escuelas teológicas son cristianas, mas la una deriva el Cristianismo de la razón pura y la otra de la revela-